

# LA REVISTA DE BUENOS AIRES

HISTORIA AMERICANA, LITERATURA Y DERECHO

Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental  
del Uruguay y la del Paraguay.

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DE

Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada

(ABOGADOS)

---

TOMO VIII.

---



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE MAYO, 241 CALLE MORENO 243.

1865.

## LA PLATA.

ESTUDIO HISTÓRICO

*Por Santiago Arcos.*

Un volúmen en 4.º menor de 588 páginas

(Conclusion.) (1)

De muy poco momento son las observaciones que acabo de hacer; pero el lector será suficientemente indulgente para disimulármelas si piensa que lo que pesa en mi ánimo, no es la intencion de refutar el excelente libro del amigo, sino el deseo de hacerle ver á éste, toda la atencion con que lo he leído por ser produccion suya.

El capítulo de que me voy ocupando termina con un episodio que segun el autor, y á fé que tiene razon, merece ser señalado. Es aquel que hizo resonar en América las palabras *soberania popular* por primera vez, y á cuyo episodio acaba de consagrarle un libro entero bajo el título de: *Los comuneros del Paraguay*, el mas jóven á la vez que el mas sólido y trascendental de los nuevos pensadores Argentinos; yo me complazco en tributarle aquí este homenaje,—le conozco y no se envanecerá; él seguirá creyendo como el sabio antiguo,—*Solo sé que no sé nada*, mientras yo esclamo, transcribiendo á continuacion una de las notas marginales que he puesto en el libro que quiero dar á conocer: ¡que singulares sarcasmos presenta la historia! El pais de América que primero consagra el principio del sufragio universal es el único que no lo practica y el que mas largo tiempo gime

1. Véase la páj. 121.

bajo el despotismo gradual de los Francia y de los Lopez.

Natural era que habiendo mentado Arcos á los comuneros del Paraguay no pasára en silencio á los Jesuitas y sus Misiones, y así su libro les ha dedicado uno de los mejores párrafos que contiene, aunque hubiera deseado encontrar en él algunos datos estadísticos de que carece.

Estamos en el capítulo tercero.

Continúan las disputas de límites entre los españoles y los portugueses, hasta que el casamiento de Fernando VI con una princesa portuguesa abandona á Portugal los derechos que le habian sido asegurados á la España por la convencion de Tordecillas. La impracticabilidad de los nuevos arreglos hechos en Europa á consecuencia de la resistencia que oponen los indios de Misiones, á cambiar de dominio, es causa de la espulsion de los Jesuitas.

El gobierno de Buenos Aires se separa del Vireynato del Perú. La Plata es erijida en un Vireynato particular y la colonia prospera bajo la hábil administracion de su primer Virey Zeballos, que llamado á España cede su puesto á Vértiz al cual le sucede el Marqués de Loreto, que á su vez es reemplazado en 1790 por el General don Nicolas de Arredondo, cuyo gobierno fué señalado por un hecho de grande importancia para la colonia: la madre patria le acuerda á esta nuevas franquicias comerciales, entre ellas la esportacion de las primeras materias que pueda producir. Fué tambien bajo Arredondo que se instituyó el Tribunal del consulado y que comenzó á delinearse la figura de don Manuel Belgrano.

Promovido Arredondo al grado de Gobernador de la provincia de Valencia en España, es reemplazado por el Teniente General don Pedro Melo, al que le sigue el Marqués de Avilés. Vienen luego la administracion de don Juan del Pino, y una multitud de noticias tendentes todas á llamar la atencion de la Europa sobre esta parte de América. El autor describe con mucha exactitud y proligidad lo que es la industria ganadera entre nosotros y el manejo de una estancia, aunque incurriendo en el error de establecer que en las

campanas de Buenos Aires una superficie de tierra de una legua cuadrada pueda alimentar dos mil cabezas de ganado, lo que es poco, si los campos tienen buenos pastos, y muy poco si tienen buenos pastos y agua permanente, y termina el artículo con Sobremonte, la aparicion de los Ingleses en las aguas del Rio de la Plata, la gloriosa reconquista de la capital, la deposicion de Sobremonte y eleccion de Liniers; la organizacion de las milicias nacionales; Witelocke y su rechazo por la bella defensa de Buenos Aires, que midiendo así sus fuerzas vá adquiriendo poco á poco la conciencia de su personalidad.

El capítulo IV abre la gran era de la revolucion, que el autor recorre paso á paso narrando los sucesos con gran naturalidad, explicando con acierto las causas eficientes que los produjeron y emitiendo juicios asaz desapasionados sobre esa pleyade de patriotas, hombres de Estado y guerreros en la que brillan Liniers, Belgrano, Saavedra, Castelli, Moreno, San Martin, Alvear y tantos otros, que á la vez que iniciaban al pueblo en la vida libre y democrática se dividian en sus fines y tendencias, sembrando los primeros gérmenes de la guerra civil, precisamente en los momentos en que la revolucion tenia mas necesidad de unidad de pensamiento y accion.

Pero si el autor se detiene en este capítulo mas que en los otros, como que los acontecimientos se suceden y atropellan empujados por el torbellino revolucionario, yo no puedo hacer lo mismo, mayormente no encontrando hasta ahora nada en el fondo que me obligue á hacerlo. Tengo únicamente que censurar su silencio sobre la sublevacion de Arequito,—hecho de funestas y trascendentales consecuencias que no es lícito dejar en la oscuridad, cuando se buscan las causas que desde tiempos anteriores vinieron conspirando contra la paz, el progreso y la civilizacion de estas regiones, y preparándole el terreno al caudillaje y la barbarie. El austero general Paz hablando de este acontecimiento dice: “Cuando comparo el modo como han sido juzgadas tantas “revoluciones que ha habido en nuestro pais y la severidad

“con que muchos han condenado la de Arequito, disculpan-  
do si no santificando las otras con su silencio, me vienen  
“los mas positivos deseos de tener una capacidad superior,  
“bastante al menos para tratar dignamente un negocio, que  
“lo creo de gran interés para nuestro pais. Ojalá que algun  
“argentino ilustrado, imparcial y desapasionado, se encar-  
“gue de esta honrosa tarea y logre el fin de sus esfuerzos!”  
Yo hubiera deseado pues ver colmada esta laguna y sacos-  
fechos los votos emitidos por el general en sus Memorias.

Hemos llegado á una de las épocas mas críticas de la República Argentina. Don Juan M. Rosas aparece en la escena política y con él comienza la larga y encarnizada lucha entre los *unitarios* y los *federales*,—partidos que Arcos ha caracterizado bien, apesar de incurrir en este parágrafo en alguna inexactitudes y falsas apreciaciones que á mi juicio no es dado silenciar.

Asi, por ejemplo, no es exacto que Carreras fuera batido por el gobernador de Mendoza y que pereciera en la lucha.

Don José Miguel Correrias fué traicionado por sus propios soldados, entregado á don Tomás Godoy Cruz gobernador de Mendoza, sumariado prolijamente y fusilado en consecuencia el 4 de setiembre de 1821.

No estoy tampoco de acuerdo, con que Rosas haya sido “el tipo mas acabado, la mas perfecta personificacion del gaucho medio civilizado de los campos”; y de consiguiente, no creo exacto el paralelo que se establece entre él y Artigas, Lopez y Ramirez. Estos tres últimos eran en efecto, la personificacion del gaucho, no del gaucho de los campos, sino del gaucho medio civilizado, cuyos usos y costumbres habíanles sido familiares; Rosas al contrario, no vivió jamás como los gauchos. Hijo de padres pudientes, tuvo ocasion de iniciarse desde temprano en el arte de manejar una estancia; aprendió á montar á caballo, á enlazar y bolear, como los mas diestros ginetes, é impresionando la imaginacion de los gauchos con su osadia y su destreza en aquellos ejercicios, se hizo notar, admirar y querer en el

*pago.* Tomaba parte en los juegos mas torpes de los gauchos para superarlos en brutalidades; pero no se familiarizó jamás con ellos, y á fuerza de ser rígido y dominante como patron acabó por conquistar una verdadera popularidad entre una parte de los paisanos del Sur; conocíalos á todos, era compadre ó aparcero de los mas ricos y hacendados y todos los que á su vez le conocian á él buscábanle cuando tenian necesidad de un consejo sobre la manera mas conveniente de hacer un trabajo de campo cualquiera. Y como sus consejos eran casi siempre acertados, porque su práctica intelijente le habian hecho eximio en aquellos trabajos, su prestigio crecia todos los dias, con tanta mas razon cuanto que los paisanos sabian que era hijo de una familia decente: era un hombre hermoso, rubio como un Sajon, de tez que el sol no quemaba y de una gran popularidad. Dotado, pues, tan favorablemente por la naturaleza y poseyendo las habilidades que mas hacen que el gaucho admire al hombre de las ciudades que se hace estanciero, Rosas no podia dejar de sobreponerse á todos los que le rodeaban, adquiriendo sobre ellos una influencia perniciosa y decisiva.

No pienso que la conducta seguida por él como estanciero fuera dictada por planes de ambicion política. Obligado á vivir en el campo, Rosas siguió una inclinacion que con raras escepciones, casi todos los hombres decentes que se han hecho estancieros desde muy jóvenes han sentido; se hizo medio gaucho, ginete, enlazador, holerador. Pero el hombre civilizado quedó oculto siempre, bajo aquella corteza exterior. Así, él fué el hombre de las muchedumbres, cuyos instintos y preocupaciones conoció; cuyas malas pasiones halagó, fomentó, y concitó mas tarde para perpetuarse por la barbarie en el gobierno, sin mas plan ni mas propósito preconcebido, que dominar durante su vida á sus conciudadanos, como habia supeditado á los peones de sus estancias. Pero no salió del seno de las muchedumbres como Lopez y Artigas. Antes por el contrario, jactábase de su orijen, trayendo siempre á colacion los pergaminos de sus antepa-

sados y hablando de su linaje jeneroso por ambas líneas materna y paterna.

A mi juicio, fué recien en 1820 cuando la ambicion política se despertó en este hombre, con quien los contemporáneos no pueden ser induljentes, á no ser que les cieguen las aberraciones del fanatismo, con quien la posteridad será mas severa quizá que nosotros mismos, y cuyo tipo no me he propuesto modelar sinó simplemente delinear á grandes plumadas. Otros, puede ser que yo mismo mas tarde, cuando razones personales me permitan empapar mi pluma en una tinta mas acerba, pintarán esta figura, en los repliegues de cuya alma, el sentimiento mas predominante que descubro,—es el desprecio por sus semejantes.

Pero sea de mis apreciaciones lo que fuere, el hecho es que Rosas subió al gobierno rodeado de una gran popularidad, estando únicamente iniciados en los secretos de su carácter, un número muy reducido de hombres de fortuna, de antecedentes, de influencia y de posicion. No ha llegado aun el momento de rasgar este velo, pero no está lejano.

Hablando el autor de la expedicion de Rosas al desierto, establece entre muchas cosas ciertas una inexactitud; por ejemplo: que repartió tres mil leguas de tierras públicas entre sus partidarios, sus compadres y su familia. Entre sus partidarios y sus compadres sí. Entre su familia nó. Precisamente es uno de los rasgos que caracterizaron á este hombre, enriqueció á sus secuaces, mas no á su familia. No es un misterio que uno de sus hermanos fué perseguido, gritándose públicamente: ¡muera Gervacio Cardo! Tanto lo es, que uno de sus cuñados, hombre de intachable probidad, tuvo sus bienes embargados, que sus hermanas tuvieron que hacer antesala muchas veces lo mismo que la esposa de cualquier *salvaje unitario*; que ninguno de los sobrinos que tuvo á su lado salió de él con una posicion y por último ahí están los hechos, diciendo con su irrefragable autoridad que la nueva lejislacion de tierras públicas no ha despojado á ningun deudo de su familia, en la que por otra parte no se encuentran opulentos, ni poseedores de una sola

vara de tierra, que yo sepa al menos; y sin que todo esto quiera decir que algunos de la familia de Rosas no hayan explotado su posición. Mi intento es rectificar un hecho, no justificar á nadie de las faltas ó abusos que hayan podido cometer.

No es exacto tampoco que los malos tratamientos de Rosas abreviaran el fin de los días de su esposa y en cuanto á que Rosas no fuera extraño al fusilamiento de Dorrego, confieso que es la primera vez que veo insinuada esta acusación. No puedo suponer que sea una suspicacia del autor. Será un rumor recojido de persona poco autorizada por su veracidad. La historia de un hombre como Rosas no necesita sin embargo ser engalanada de tan falsos atavíos para hacer execrable su memoria y la posteridad se espone á ser engañada lastimosamente cuando con el propósito de hacer doblemente odiosa la figura sombría de los tiranos, se les prestan caracteres que no tuvieron, imputándoles atentados que no cometieron. Así por ejemplo y sin pretender establecer un paralelo la posteridad ha sido engañada cuando los realistas partidarios de Carlos I, queriendo hacer aborrecible la memoria de Crowell esparcieron la calumnia de que fué el mismo que le cortara la cabeza al desgraciado soberano. Páreceme que estoy fuera del alcance de toda sospecha y que por lo tanto no se creará que al rectificar esta otra inexactitud haya podido tener en vista otra cosa que la integridad de la historia. En prueba de ello, nada digo respecto al asesinato de Quiroga y muerte de Lopez que Arcos supone fueron hechos preparados y producidos por celos del dictador, aunque respecto al último, pudiera decirse que el médico de Rosas á la sazón era incapaz de prestarse á una acción como la que se le atribuye.

Es inexacta también á mi juicio la acusación que en la página 457 se hace del General Alvear. Sean cuales fueran los defectos de carácter que el General pudiera tener, siendo cierto como era la conspiración de Maza, él no podía profesar la máxima de Valencey el agente secreto de Richelieu, que queriendo arrastrar á Chalais á una mala acción hacia una

distincion casuística entre revelar y denunciar, pretendiendo que el que revelaba un hecho no podia ser delator en ningun caso. No creo, pues, que el General Alvear fuera enviado á los Estados Unidos por haber olvidado los respetos que debe un caballero á su honor y mucho menos que recibiera paga alguna por la mala accion de que se le acusa. Ignoro los motivos que determinaron la mision del General pero me inclino á creer que ellos tuvieron su oríjen puro y esclusivamente en un exeso de astucia y de prevision.

Prosigamos anotando las inexactitudes á que me he referido.

Otra de ellas es que Rivera y Rosas eran cobardes.

Con relacion á Rivera esto es completamente contradictorio con la vida y los hechos de aquel caudillo famoso. En cuanto al segundo, puedo asegurar que no fué el primero en retirarse del campo de batalla de Caseros. Se retiró de los últimos seguido de numerosos edecanes, conservando al principio de la batalla toda su serenidad á punto de haber dado orden de que fusilaran inmediatamente al General Pacheco, á lo cual uno de los edecanes, hombre en cuya palabra se puede creer, observó: "Señor, al General Pacheco no se puede fusilar en estos momentos." (1) No creo que Rosas tuviera un alma intrépida, pero la siguiente anécdota probará que no carecia de valor flemático.

—Rosas se retiró del campo de batalla al tranco y así entró en la ciudad cubierto de polvo, y se dirigió á la casa habitacion del encargado de negocios de S. M. B., (de quien tengo estos detalles), calle Santa Rosa entonces, ahora Bolívar, número 170 entonces, 194 ahora, habiendo llamado por equivocacion á la puerta del señor don José M. Estrada.

Informado de que Mr. Gore vivía en la puerta contigua, llamó.

Un sirviente se asomó al balcon preguntando.

1. El General Pacheco no tuvo parte en la batalla de Caseros. Entiendo que se retiró del campo seguido de su escolta momentos antes de comenzar la pelea.

—¿A quien busca usted?

—Abra usted, le contestaron—Soy el General Rosas.

En efecto, el criado que era hombre de toda la confianza de Gore y que conocia á Rosas se apresuró á abrir inmediatamente.

Rosas subió la escalera, ordenó que le prepararan un baño tibio y se acostó á dormir en un sofá de la antesala sin prevenir siquiera que fueran á llamar á Gore.

El sirviente no obstante envió en el acto por su amo que costó mucho encontrar.

A las dos horas y media de haber llegado Rosas á la casa de Mr. Gore entró este en ella inquieto, ajitado, pensando únicamente en la evasión de su amigo, pues lo queria cordialmente. Rosas dormia aun.

—Pero, señor, V. E. así, le dice despertándolo y con todo el aire de un hombre que no quiere decir: es necesario pensar en la fuga, pero que sin embargo lo insinúa con todos sus gestos y ademanes.

—Eh! le contestó Rosas; tranquilícese usted, yo conozco este pueblo, le he ensillado, le he apretado la cincha, ha corcobeado y no me ha volteado; de aquí no me vendrán á sacar, es la casa de un ministro inglés.

El dicho gauchesco era dolorosamente cierto. El pueblo supo que Rosas estaba oculto allí y nada hizo. El dictador habia muerto en él toda iniciativa, y así pudo evadirse tranquilamente acompañado de varias personas en la noche del 4 de febrero.

Como se vé, este episodio si no revela al hombre de alma animosa, deja por lo menos presentir una de esas naturalezas reflexivas que no afrontan los peligros con ímpetu, pero que una vez en ellos los miran con calma y serenidad.

Otro de los tipos que á mi juicio no está pintado al natural en el libro de mi amigo, es el de Quiroga. Arcos se ha inspirado en el Facundo y como lo saben todos los que lo han leído, el Quiroga de Sarmiento es un Quiroga idealizado.

Pero me apercibo de que este artículo vá tomando proporciones y un carácter que no me propuse darle al tomar

la pluma para escribirlo y así voy á escribir sus últimas pájinas.

He dicho al principio que el *Estudio* que me ocupa terminaba en el momento histórico en que el general don Bartolomé Mitre sube á la presidencia de la República por el prestigio de la victoria y de la popularidad; añadiré entonces, que el carácter, los fines y tendencias del general están trazados con acierto y verdad, así como esplicados con mucha sagacidad y conocimiento de las cuestiones del Rio de la Plata las causas que mantuvieron á Buenos Aires separado del resto de la Confederacion hasta el dia en que su reorganizacion política pudo hacerse á la sombra de los principios tutelares por los cuales habia combatido el partido liberal.

Mi opinion sumaria sobre este libro, cualesquiera que sean los defectos de detalle de que adolezca, no tuve embarazo en declararla al principio, de consiguiente terminaré recomendándolo nuevamente á los lectores del Rio de la Plata, á la vez que le envío mis mas sinceras felicitaciones al pensador y al amigo, que, grato á la hospitalidad que supo recibir en nuestras playas ha querido atraer hácia ellas las miradas de los hombres de Estado y del comercio del viejo mundo. Es una obra meritoria, y tanto mas digna de encomio cuanto que ella ha sido inspirada en medio de los placeres de Paris y de una existencia cómoda, por el mas caballeresco y desinteresado anhelo de fomentar la civilizacion de esta parte de América. ¡Ojalá pues que mis paisanos se apresuren á comprarla para que á la satisfaccion de no verse desdeñado por aquellos mismos cuyos intereses y cuya causa se han querido servir pueda unirse el resarcimiento de una parte de los gastos de la edicion que es esmerada y prolija.

LUCIO V. MANSILLA.

Rio 4.o, Julio de 1865.

---